



VII Jornadas de Sociología de la UNLP y 5, 6 y 7 de diciembre de 2012

Departamento de Sociología de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (UNLP)

Mesa 7. Historia de Cronopios y de famas.

La sociología latinoamericana: Historia, problemas y perspectivas.

Ponencia

Razón y Fe. Recorridos y tradiciones de la sociología en la Universidad Católica Argentina (1959- 1984).*

Diego Pereyra (IIGG- UBA- CONICET)

diegoepereyra@yahoo.com.ar

Introducción

En un trabajo más amplio, se propuso realizar un análisis de la enseñanza de sociología en la Universidad de Buenos Aires (UBA) y la Universidad Católica Argentina (UCA) entre 1966 y 1996, a través de un seguimiento de cambios curriculares, el estudio de los programas, el análisis de la producción académica de libros, revistas y tesis y una reconstrucción de la dinámica institucional. De esta forma, se buscó estudiar el proceso de institucionalización y profesionalización de la sociología en el país e identificar la presencia de diversas tradiciones sociológicas, sus diálogos y rivalidades posibles en cuanto al papel de la sociología, la definición de una agenda de la sociología local y la manera de atender la demanda por redefinir el rol de los sociólogos y encarar su inserción en el mercado de trabajo tanto académico como privado. Ese trabajo quedó inconcluso. Se repasan aquí algunas de sus preguntas y se proponen algunos posibles caminos para continuar esa indagación.

* Esta ponencia presenta algunos resultados preliminares y preguntas del proyecto UBACyT "Tradiciones sociológicas en contextos institucionales diversos. La sociología en la UBA y en la UCA 1966- 1996", con sede en el Instituto de Investigaciones Gino Germani. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires. El texto iba a ser escrito en coautoría con Germán König pero diversas cuestiones académicas obligaron a que el mismo tenga un solo autor; aunque recoge ideas y reflexiones de un proyecto colectivo. Noelia Cardoso realizó un importante acopio de evidencia empírica y reconstrucción histórica, Guido Giorgi y Hernán González Bollo aportaron sus trabajos sobre sociólogos católicos y Nicolás Isola, investigador con eficiencia *ineffabilis*, contribuyó a una reflexión sobre las transformaciones de las ciencias sociales en el mundo católico, especialmente en el campo de la educación. Los demás integrantes del equipo colaboraron de diversas maneras. Los méritos del trabajo son compartidos; las fallas y omisiones son sólo mi entera responsabilidad.

Entre las varias tensiones que atravesaron a la sociología como disciplina, una afectó especialmente la visión del rol profesional de los sociólogos; el origen híbrido de la disciplina, que heredó simultáneamente la tradición científica y la tradición intelectual, y obligando a sus practicantes a revisar la rigurosidad y neutralidad de sus afirmaciones y al mismo tiempo los empuja a intervenir públicamente para defender diversos valores e ideales con un fuerte compromiso político y social. Esta dualidad entre el sociólogo científico/ experto y el sociólogo intelectual/ militante se manifestó desde el mismo momento de institucionalización de la sociología en Argentina, cuando se crearon ambas carreras estudiadas, en un momento en el cual se percibió a los primeros sociólogos como agentes del cambio social, y, por su saber técnico y capacidad de comprender la modernización y la racionalización del sistema social, en posibles orientadores hacia la planificación democrática. Se buscó entonces situar la fundación de ambas carreras en un proceso marcado por la compleja y problemática relación entre universidad y sociedad.

La sociología argentina se ha caracterizado por una amplia diversidad de tradiciones teóricas e institucionales que se constituyeron y desarrollaron a lo largo del tiempo, aunque con dispar éxito y reconocimiento. Entre ellas, una de las más interesantes pero al mismo tiempo menos conocida es la tradición de la sociología católica. Por un lado, se suele sobreestimar el peso del anti- positivismo de ciertos autores católicos, mientras que, por otro lado, desde los mismos intelectuales vinculados a esta tradición, se privilegia el sentido pastoral de las universidades católicas; pero resta todavía estudiar seriamente el contenido de la enseñanza de la sociología en esas instituciones y el impacto de sus graduados en el desarrollo de la sociología local.

Pero, sin embargo, la UCA fue un importante centro en la producción y circulación de la sociología en Argentina. La idea de crear una universidad católica en el país apareció muy tempranamente a fines del Siglo XIX, derivando en diversos proyectos institucionales, que tensionaron la relación con el estado argentino y las universidades nacionales. Desde su creación en 1959, el Departamento de Sociología en la UCA Buenos Aires adoptó un perfil teórico-metodológico bastante alejado de la imagen anti- positivista que se le ha endilgado frecuentemente. Este énfasis en la rigurosidad científica parecía combinarse con el dogmatismo religioso y una perspectiva humanista de contenido normativo. Por lo cual, esta ponencia quiere estudiar estas tendencias y reconstruir la historia de sociología en la UCA desde su fundación hasta mediados de la década de 1980, cuando se cerró la Carrera de Sociología, buscando identificar los principales temas y perspectivas. Se propone así un recorrido que intenta reflexionar sobre la historia de la sociología en un contexto de discusión sobre el rol de los intelectuales católicos en medio de cambios sociales y políticos, la emergencia y fracaso del desarrollismo y la búsqueda de nuevas utopías sociales de contenido autoritario.

Antecedentes y desarrollo de la Sociología en la UCA.

La emergencia de una tradición sociología de orientación católica tiene como primer antecedente el entramado de relaciones y redes de contacto entre la tradición sociográfica católico-social, durante entreguerras, y de las ciencias sociales católicas, a fines de la década de 1950 y durante los 1960. Se trata de la investigación empírica -apoyada en cuestionarios y encuestas- del Departamento Nacional del Trabajo (DNT), orientada a indagar sobre las condiciones de la familia de trabajadores urbanos, con la preocupación en la estabilidad del empleo, las destrezas laborales, el peso del consumo popular en la renta nacional y la integración del colectivo popular en una ciudadanía industrial.

En este primer momento sobresalieron, entre otros, los Círculos Obreros Católicos, la Liga Social Argentina, la Acción Católica Argentina, Juventud Obrera Católica, los diputados Juan F. Cafferata y Arturo M. Bas, el ingeniero Alejandro E. Bunge y el doctor José Figuerola –jefes de la estadística del DNT-. De la mano de Figuerola -más los discípulos de Bunge en la *Revista de Economía Argentina*- esta tradición formó parte desde el comienzo de la coalición peronista. La producción intelectual de Alejandro Bunge es un paso obligado en la historia de la sociología argentina, ya que resulta un nexo cognitivo entre la Sociología del Centenario y la sociografía académica de la década de 1940. Entre ambas experiencias hay un vacío de casi dos décadas que podría saldarse con un amplio estudio sobre las continuidades del debate sobre la sociedad argentina. Así, el pensamiento de Bunge y las repercusiones de sus afirmaciones podrían ser una fuente para comprender las transformaciones de las ideas sociológicas en el período, en el marco de la tradición católica en el país (González Bollo, 2012)

En un segundo momento, la sociología católica tiene como legado una tradición de investigación social llevada adelante desde ámbitos universitarios, con una amplia diversidad metodológica aunque dentro del paradigma de la modernización de las ciencias sociales, en boga en la segunda posguerra. A diferencia del anterior momento, los objetos de estudio formaron parte de un arco temático amplio y especializado. Abarcó desde la preocupación por la reconstitución de una elite dominante en la Argentina, pasando por la posibilidad de organizar la sociedad de forma corporativa, hasta una vuelta a pensar a los sectores populares desde el catolicismo social. Aquí, sobresalen las universidades del Salvador y Católica Argentina, el Centro de Investigación y Acción Social (CIAS). En el difuso grupo de sociólogos católicos, destacamos a José Enrique Miguens, a José Luis de Ímaz, a Adolfo Critto, a Raúl Puigbó, a Justino O' Farrell y a Gonzalo Cárdenas, que compartían los mismos espacios a comienzos de la década de 1960.

La politización del mundo académico producirá su dispersión: algunos tendrán un rol fundacional en la experiencia de las cátedras nacionales en la UBA, y otros ocuparán posiciones

gubernamentales durante los primeros años de la dictadura de Juan Carlos Onganía. Aquí es crucial el papel de los intelectuales católicos en política social y política educativa.

Un primer antecedente institucional de la futura universidad católica fue la creación en 1910 de una Facultad de Derecho, que no pudo conseguir el reconocimiento oficial. Sin embargo, un grupo de estudiantes católicos crearon en 1922 los Cursos de Cultura Católica (CCC), alrededor de los cuales se desarrolló una estructura cultural y social que posibilitó los desarrollos institucionales posteriores (Derisi, 1983). Los cursos de CCC tenían como objetivo principal complementar la formación superior brindada en universidades nacionales aportando el criterio cristiano de orientación tomista para el desarrollo profesional. Las materias dictadas eran teología dogmática y moral, sagradas escrituras e historia de la Iglesia. A su vez tuvo una gran injerencia en el desarrollo y difusión de la vida cultural cristiana a partir de tres actividades: la educativa, mencionada anteriormente, editorial y cultural. Se editaron revistas sobre problemáticas del país, libros y publicaciones tanto de autores clásicos, nacionales e internacionales y de actualización doctrinaria además de contar más adelante, con su propia librería e imprenta.

De esta forma, la presencia del pensamiento católico en el debate sociológico alcanzó una dimensión institucional en las discusiones de los CCC, que pasaron a formar parte del Instituto Católico de Cultura (ICC, 1947) y del plan de estudios de las proyectadas escuelas de Economía y Ciencias Sociales, bajo la dirección de Francisco Valsechi, y el Instituto de Ciencias, dirigido por Eduardo Braun Menéndez. Allí se proyectó una licenciatura de ciencias sociales, que tenía un plan de estudios de cuatro años con un fuerte énfasis en sociología, estadística y análisis de la sociedad argentina.¹ Sobre estos antecedentes institucionales, se creó en 1959 la Carrera de Sociología en la UCA, en el seno de la Facultad de Ciencias Sociales y Económicas y bajo dirección del Dr. José Enrique Miguens.

La ubicación de la Carrera de Sociología en esta última dependencia no era el patrón común, pero seguía la línea de lo ocurrido simultáneamente en Chile. En un informe de 1961, Ferdinand Rath (1961: 1), Subdirector de la Escuela de Sociología de la Universidad Católica de Chile, afirmaba que, en contraste con otras universidades en la que la Escuela de Sociología suele depender de la Facultad de Derecho o de la Facultad de Filosofía y Letras, la Escuela que dirigía fue creada dentro de la Facultad de Ciencias Económicas, y desde entonces dicha Facultad cambió su nombre al de Ciencias Económicas y Sociales. Sus razones se fundamentan en las consecuencias que un país sufre por el estado de subdesarrollo. Por ello, (op. cit) la confianza en que “la Sociología puede ser un gran aporte a los esfuerzos que se hacen para sacar al país de su situación de un desarrollo atrasado”. El problema del subdesarrollo, escribe Rath, no puede explicarse

1. *International Social Science Bulletin*, Unesco, VII, 2, 1955: 271-273.

únicamente por los factores económicos, sino como un problema social, complejo, compuesto por varios aspectos.

Del informe se desprende que la motivación por la fundación de la Escuela de Sociología radica en que, si bien en muchas universidades ya se enseñaba Sociología, esta era sin embargo una “mezcla de filosofía social, doctrina social y política social, una mezcla de lo normativo con lo positivo” (op. cit). Si bien Rath reconoce que existe un enorme progreso en el campo de lo normativo hacia lo positivo surge el riesgo particularmente en los países subdesarrollados de caer en un paneconomismo. Por ello, el fomento al estudio de las Ciencias Sociales y en particular de la Sociología en América Latina no reside solamente en una necesidad, sino en la *urgencia de posibilitar un diagnóstico integral de la problemática*.² “La formación de especialistas competentes en Sociología y sus propios métodos de investigación es la única manera de liberarse del diletantismo, de la marginalidad o del aislamiento que aún siguen afectando a la Sociología como ciencia empírica.” (op. cit: 3).

Transformaciones del espacio católico.

La relación entre la educación, la sociología y el catolicismo desde el golpe de 1966 hasta la última dictadura militar fue dispar y aún quedan numerosas cuestiones por indagar. La vinculación entre el Estado y las corrientes católicas tuvo un momento crítico cuando, ante una universidad cada vez más masificada se registró, a partir de 1958, un progresivo avance de casas de estudio del sector privado que querían formar profesionales con perfiles diversos teniendo en cuenta mercados de altos ingresos. “La precariedad de una alianza [la Revolución Libertadora] política heterogénea (compuesta por liberales, conservadores, católicos, nacionalistas) se manifestó de inmediato. Típica expresión de esta situación paradójica fue el nombramiento de un ministro de Educación católico (Atilio Dell’ Oro Maini) y un rector de la Universidad de Buenos Aires socialista, como José Luis Romero. El primer enfrentamiento contra el gobierno se produjo como consecuencia de la tentativa del ministro Dell’ Oro Maini de introducir un decreto en favor de la enseñanza privada. El conflicto de “laica o libre” llevó a una de las más imponentes movilizaciones de la sociedad civil” (Germani, 2004:149).

La disputa entre la enseñanza *laica o libre* (reglamentada en febrero de 1959) puso en tensión a grandes grupos de docentes, estudiantes y ciudadanos, y produjo tracciones. Al calor de esta disputa se enfrentó el gobierno oficial, a cargo de Arturo Frondizi, con el gobierno universitario al frente de su hermano, Risieri, Rector de la UBA. La Universidad Católica Argentina Santa María

2. El énfasis es nuestro.

de los Buenos Aires, la Universidad del Salvador y la Universidad Católica de Córdoba fueron creadas ese mismo año. En estas y otras universidades pudieron reinsertarse algunos de los docentes cercanos al peronismo alejados de la universidad en 1955.

Como fruto de la reglamentación nombrada, en 1959 se abrió la carrera de Sociología en la Universidad Católica Argentina, y la de Sociología y Ciencias Políticas en la Universidad del Salvador (Vessuri, 1992). Luego de la intervención universitaria (1966),³ un gran número de profesores de la UBA emigraron al Instituto Di Tella, que se convirtió entonces en un refugio de la sociología científica. Mientras tanto, docentes de la UCA se mudaron al Salvador, e inclusive a la UBA como se mencionará más abajo. Lo mismo sucedió en el campo de la Educación, en el cual algunos pedagogos católicos comenzaron a participar en la gestión gubernamental, a la vez que, en 1967, los pedagogos modernizadores liberales crearon el CICE-ITDT (Centro de Investigaciones en ciencias de la Educación adscripto al Instituto Torcuato Di Tella).⁴

El espíritu de radicalización que estaba en la atmósfera intelectual de aquellos años no era sólo laico. Como señala Terán (2004:79), esta situación “avanzaba por caminos poco antes impensados, como el que recorría el universo católico.” Así por ejemplo el CIE (Centro de Investigación Educativa), organizado por Miguel Petty y Fernando Storni a principios de los 70, entroncado en el CIAS (Centro de Investigación y Acción Social) de la Compañía de Jesús, iba a mantener una actitud de apoyo frente a la llegada de Cámpora al poder. Ya no parecía posible constreñir el ámbito intelectual-educativo a lo estrictamente técnico-pedagógico. La dimensión política iba ganando cada vez más protagonismo a comienzos de los años setenta.

Algunos estudiantes y profesores señalaban que el compromiso debía ser total, y se incitaba a la proletarización: una opción medular de vida en pos del cambio político-social. Esto ocurría dentro de un contexto amplio en el cual la Iglesia Católica ocupaba un lugar considerable. Tanto el Concilio Vaticano II (1962-1965) como luego la Conferencia Episcopal de Medellín (1968) incentivaban cambios, dentro de la tradición de la comunidad católica, con un interés especial puesto en las juventudes. Efectivamente, la Iglesia intervenía en los debates vinculados con la Ciencias Sociales (Beigel, 2010), a la vez que el movimiento de los Sacerdotes por el Tercer Mundo crecía progresivamente (Moscona, 2011). Como señala Campos (2010:70) “El Concilio Vaticano II

3. La intervención “debía desterrar para siempre a la política de los claustros. (...) A pesar de las medidas francamente represivas impuestas por la intervención de 1966, se produce, pocos años después, una gigantesca politización de estudiantado. (...) Se fundan, en Filosofía y Letras de la UBA, las llamadas cátedras nacionales -cuyo personal se inscribía en lo que ellos mismos llamaban la “epistemología tercermundista”- y varias facultades ensayan experiencias de trabajo en villas miserias y barrios obreros.” (Sarlo, 2001:64)

4. “El CICE expresó una estrategia de reconocimiento que buscaba construir una legitimidad por afuera de la universidad, desde la posición de objetividad científica y neutralidad técnica” (Suasnábar, 2004:197). Su primera directora fue Gilda L. de Romero Brest, acompañada, entre otros, por Gregorio Weinberg, Ana María Babini y Felix Bravo (Suasnábar, 2004)

galvanizó las corrientes modernizadoras previamente reprimidas; simultáneamente, la evolución de las luchas sociales a escala nacional e internacional parece haber hecho el resto, contribuyendo a la politización y radicalización de las propias tendencias político-religiosas.”

La cuestión de un pensamiento que pusiera atención a una comprensión de la realidad vista “desde el pueblo” no era menor, dado que entre otras cosas lo que se discutía era la relación con el peronismo (con la complejidad que éste implicaba) y el nivel deseable de intervención en materia socio-política-educativa. Refiriéndose a la tensión entre una mirada puesta en los aspectos técnico-pedagógicos y una actitud crítica, Suasnábar (2004: 173) afirmó: “Si por una parte era expresión del nuevo perfil de las carreras y el predominio del modelo intelectual del especialista, por otra parte también fue la propia coyuntura política que al desbordar permanentemente los límites y posibilidades de estas prácticas y discursos ponía en contradicción esta manera de intervenir”.

Entretanto, ciertos sectores de la Iglesia Católica (algunos con mayor llegada a las posiciones de poder político en el gobierno con intelectuales como Van Gelderen o Zanotti) buscaban disputar un espacio de investigación académica dentro de la profesión educativa. En Filosofía y Letras, durante los decanatos de Justino O’Farrell y Adriana Puiggrós, las denominadas *Cátedras Nacionales* buscaban propagar una *Sociología Nacional* considerada fundamentalmente como política, cuya sistematización teórica tomaba como fuentes principales los teóricos revolucionarios del Tercer Mundo, pensadores como Hernández Arregui, Puiggrós, J. W. Cooke y especialmente la doctrina peronista, intentando generar una inclusión de los sectores populares y una apertura a un pensamiento de liberación.

Al respecto Tenti Fanfani (1991:9) señala: “La universidad argentina de la década del ’70 hizo de necesidad virtud cuando transformó una limitación estructural en una bandera, la bandera del nacionalismo cultural. La entonces celebrada “sociología nacional” fue incapaz de ir más allá de los slogans y consignas asociadas con un populismo académico tan dicharachero como intrascendente.” Esto generaba tensiones en los científicos sociales ya que, entre otras cuestiones, los forzaba a dejar de algún modo de lado gran parte de las tradiciones intelectuales del campo. Dentro de esa reconfiguración “la Facultad de Filosofía y Letras porteña vio el surgimiento de las llamadas “cátedras nacionales”, con profesores como Justino O’Farrell y Gonzalo Cárdenas, que venían a expresar en sede académica el avance del nacional-populismo antiimperialista (no exento de posiciones antimarxistas) y el ingreso explícito del peronismo en la franja estudiantil” (Terán, 2008:77).

En este grupo, el rol de sectores católicos era relevante, en efecto, O'Farrell y Cárdenas provenían de la Universidad Católica Argentina.⁵ Justino O'Farrell era un sacerdote vinculado a los sectores tercermundistas. Gonzalo Cárdenas era historiador relacionado con el revisionismo histórico. O'Farrell fue interventor de la carrera de Filosofía, y Cárdenas, Director del Instituto de Sociología. Las cátedras nacionales surgieron al calor de jóvenes relacionados con el peronismo y con sectores católicos conservadores. En su seno se discutió el carácter mismo de las ciencias sociales, remarcando su definición como política. Es relevante recordar que en 1969 se daría en Córdoba una concentración, denominada el *Cordobazo*, de sectores obreros y estudiantiles que fue reprimida duramente. En aquella oportunidad el rol de las agrupaciones católicas dentro de los cuerpos estudiantiles no era menor. En efecto, en varios espacios católicos se había articulado la prédica en pos de la justicia social con la doctrina peronista. Varias agrupaciones católicas avalaban la violencia armada y consideraban que ese era el camino para el surgimiento del denominado *hombre nuevo*.

Estos jóvenes involucrados en las cátedras nacionales, tenían el afán de remplazar a docentes considerados cientificistas —sus maestros— que habían renunciado luego de aquella noche de represión. Por ello, como se destacó ya, se mantendría una cierta distancia entre algunos académicos, instalados en diversos centros de investigación, y otros, insertados en una universidad que ponía al peronismo como su estandarte y referencia. Se ponía en discusión, cada vez más, el rol que debían tener los académicos e intelectuales en este proceso de politización que vivía la universidad. Destaca Terán que “en el pasaje del intelectual comprometido al intelectual militante operó un entramado simbólico de una presión descomunal. Es estremecedor observar (...) el modo en que estos intelectuales se resistían a las tentaciones de borrar su espacio intelectual para pasar a la práctica política.” (Sigal y Terán, 1992:48).

En síntesis, el rol de los intelectuales católicos estuvo diversamente representado. Vinculado por un lado con espacios de reclutamiento de intelectuales, en relación con corrientes peronistas, como lo hizo el CIAS, y, por el otro, con la ocupación de posiciones relevantes en la esfera política durante el Onganiato. De modo que se torna insostenible pronunciar una voz uniforme respecto al espacio católico en educación. Las tensiones entre las facciones de la izquierda y la derecha católica formarían, luego, parte del conjunto de disrupciones del todo social argentino.

⁵. Como destaca Moscona (2011: 25) “Las Cátedras Nacionales constituyeron un lugar de confluencia de profesores y alumnos provenientes de dos sectores marxistas y católicos pos conciliares. Ambos grupos venían de un proceso de ruptura y radicalización que los va a llevar al peronismo, en este espacio las Cátedras Nacionales revisaron críticamente la teoría, sus ideologías, estrategias y métodos al asumir su identidad peronista”.

La enseñanza de sociología en la UCA

En sus primeros años, la formación en sociología en la UCA tuvo una fuerte impronta positivista, que confrontaba con el comentado anti- científicismo de la sociología católica en Argentina, y tenía a la Universidad de Columbia como modelo institucional (Liedke Filho, 1991: 361-364). Borón (2010: 73-74) recuerda que esa creación se dio en la convergencia de tendencias contrarias dentro de la institución, en la cual pugnaban las ideas conservadoras de Norberto Derisi al mando del rectorado y la necesidad de renovación que impulsaban algunos sectores progresistas dentro de la iglesia. La facultad quedó a cargo de quien había impulsado el ICC, Francisco Valsecchi, y se puso al frente de Sociología a José Enrique Miguens, que era tolerado por la jerarquía católica por sus vínculos sociales y además presentaba credenciales sociológicas adecuadas ya que había estudiado con Parsons en Harvard a mediados de la década de 1940.

Según Borón (2010: 73) “Derisi intuía que la nueva dirigencia que requeriría la Argentina debería irremediablemente contar con sociólogos y economistas católicos capaces de encauzar a nuestro país por el rumbo correcto”. De esta forma, “por primera vez en la historia argentina, la iglesia esta (ba) en condiciones de ofrecer al poder gubernamental equipos técnicos de cierta magnitud en campos tan altamente especializados como los de la economía, la sociología...” (Gregorio Selser, *Marcha*, 1966, citado en Baruch Bertocchi, 1987: 24).

En ese contexto, se armó una carrera con una orientación teórico- metodológica, y fuerte énfasis en la investigación, en la que según su director no había lugar para el “macaneo lógico”.⁶ Se creía necesario superar entonces el enfoque meramente teórico de la sociología para procurar un estudio “verdaderamente práctico y empírico, como debe ser la sociología” (Donini, 1961: 96). Un grupo de jóvenes profesores (el ya nombrado Miguens, Francisco Suárez, Eduardo Zalduendo, Justino O’Farrell, José Luis de Imaz, Antonio Donini, Janine Puget, Raúl Usandivaras, Floreal Forni) encontraron allí un espacio sumamente receptivo para difundir sus renovadoras ideas; y diseñando y poniendo un curriculum de formación universitaria basado en la sociología científica, es decir un plan destinado a difundir los valores de la sociología como una ciencia social capaz de brindar certeza, causalidad necesaria y generalización o universalización. En el contexto de una institución religiosa, la capacidad de observación empírica debía conciliarse con una certidumbre moral (Donini, 1963: 18-19).

La "noche de los bastones largos" es tristemente recordada por ser uno de los episodios más violentos de la historia universitaria en nuestro país. Una brutal represión policial intentó cumplir el decreto de intervención a las universidades firmado el 29 de julio de 1966 y provocó una tremenda sangría de profesores, especialmente en la UBA. Pero el departamento de Sociología de la UCA no

6. Entrevista con el autor, Buenos Aires, 11 de junio de 2004.

estuvo exento de sufrir las consecuencias. El Centro de Estudiantes de Sociología de la UCA repudió la represión pero su Comisión Directiva fue sancionada por violar una disposición que prohibía hacer uso público de la condición de miembro de la universidad. UCA.⁷ Esta sanción y el posterior enfrentamiento entre los estudiantes y las autoridades de la universidad derivaron en un proceso de renuncias de la mayoría de los profesores más destacados, aquellos de mayor vínculo con los estudiantes y de recientes graduados, que habían iniciado su carrera docente. También dejaron la Carrera varios estudiantes que continuaron sus estudios en El Salvador o en la Universidad Católica de Chile (Amadassi, López Fianza, 2011). En total, 33 docentes renunciaron o fueron dejados cesantes por las autoridades (García Bouza, Verón, 1967). Durante estos sucesos, la dirección de Sociología de la UCA pasó en 1966 a manos del Dr. José Luis de Imaz, quien reemplazó a Miguens.

Vale la pena citar en extenso la opinión de la jerarquía eclesiástica que defendió el accionar del rector que frenó estas disidencias.

“Llegaron las ráfagas calcinadas de la "liberación"; se intentó hacer de la teología una sociología; la comodidad social que ofreció el "falso pluralismo" sedujo a varios sectores del catolicismo; cátedras europeas y americanas sufrieron el copamiento de "magisterios paralelos" y el embate de movimientos "contestatarios". La voz del Rector de la UCA señaló con rapidez, claridad y valentía, que en el Pueblo de Dios no se puede enseñar sino es "*sub ductu sacri magisterii*", bajo la guía del Sagrado Magisterio” (citado en Derisi, 1983: 8).

Algunas conclusiones y la agenda de investigación pendiente

Por otro lado, del plan de estudios en Sociología de la UCA fue reformado en dos oportunidades (1968 y 1973), sobre la base de una estructura curricular menos flexible y más orientada a la formación teórica y metodológica. Esta carrera funcionó hasta 1987. A fines de la década de 1970, la UCA decidió reorientar la formación de sociología hacia el postgrado; lo cual fue evaluado como un cambio productivo (Derisi, 1983: 49). A comienzos de la década de 1990, el plan de la maestría se complementó con un Programa de Doctorado.

Cuatro preguntas centrales aparecieron en el horizonte de esta investigación. Las reflexiones dentro del grupo y el análisis de la información apuntaron a ofrecer interesantes respuestas a esos interrogantes. Primero, los cambios institucionales resultantes de la crisis del departamento de Sociología de la UCA en 1966 no cambiaron definitivamente el perfil de enseñanza en la carrera, aunque se modificó el contexto de discusión política y se evidenció una migración de estudiantes y profesores, que al final del proceso transformó la enseñanza en la UBA. La pregunta es que como en la UCA se pudo mantener una formación en sociología que incluía una discusión sobre la

7. Entre los sancionados se encontraban su presidente, Enrique Amadassi, y Juan José Llach (Amadassi, López Fianza, 2011: 6).

profesionalización de los graduados, mientras que en la UBA, influenciada por las cátedras nacionales, ese debate fue clausurado. Otro interrogante que puede formularse es porque los profesores católicos que se incorporaron a las cátedras nacionales abandonaron el programa cientificista que habían impulsado y apoyado en la UCA.

Segundo, las razones del cierre de la Carrera de Sociología de la UCA en 1983 estuvieron más vinculadas a un desgaste político de sus autoridades y a la clausura de una etapa de formación, ante la inminente reorganización de Carrera en la UBA, que a otras razones esgrimidas, por ejemplo las dificultades económicas y el déficit financiero del departamento. Tercero, para entender la dificultosa articulación de un proyecto de formación sociológica en la UCA, que combinaba una fuerte rigurosidad metodológica con un rígido dogmatismo religioso, es necesario un mejor análisis de los programas. Sería interesante indagar por qué la articulación entre el compromiso ético político y una formación metodológica, técnica y especializada que se evidenció en la UCA con mucha nitidez no se estableció en la UBA.

Por último, para comprender como el tipo diferenciado de formación y enseñanza de sociología en las dos universidades seleccionadas implicó una inserción laboral y profesional divergente se requiere también diseñar una investigación a tal fin. Este interrogante queda abierto a ser desarrollado en un próximo proyecto pendiente de evaluación.

Referencias citadas

- Amadassi, Enrique y Juan Martín López Fidanza (2011) “La UCA y la Sociología en la UCA, desde sus inicios hasta nuestros días” Ponencia presentada en las *IX Jornadas de Sociología*, UBA, Buenos Aires.
- Baruch Bertocchi, Norberto (1987) *Las universidades católicas*, CEAL, Buenos Aires.
- Beigel, Fernanda (Dir, 2010) *Autonomía y dependencia. Universidad e investigación científica en un circuito periférico: Chile y Argentina (1950-1980)*, Biblos, Buenos Aires.
- Borón, Atilio (2010) “Mi camino hacia Marx: breve ensayo de autobiografía político-intelectual”, *Utopía y Praxis Latinoamericana*, Revista Internacional de Filosofía Iberoamericana y Teoría Social, Universidad del Zulia, XV, 43: 69-96.
- Campos, Esteban (2010) “Del catolicismo renovador a la lucha armada. Nueva teología, peronismo y violencia en los primeros números de la revista Cristianismo y Revolución. (Argentina 1965-1967)”, *Revista del Programa de Historia de América Latina*, 2. Instituto Ravignani, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires: 57 – 82.
- Derisi, Octavio Nicolás (1983): *La Universidad Católica. Argentina en el recuerdo. A los 25 años de su fundación*, Universitas Buenos Aires.
- Donini, Antonio (1961) *Sociología y religión*, Sudamericana, Buenos Aires.
- (1963) *Curso de sociología general*, Universidad Católica Argentina, Buenos Aires.
- Germani, Ana (2004) *Gino Germani: Del antifascismo a la sociología*, Taurus, Buenos Aires.
- González Bollo, Hernán (2012) *La teodicea estadística de Alejandro E. Bunge (1880-1943)*, UCA- Imago Mundi, Buenos Aires.
- Liedke Filho, Enno Dagoberto (1991) *Sociology and society in Brazil and Argentina (1954-1985)*, PhD. Thesis, Brown University.

- Moscona, Gustavo (2011) “El papel de la violencia y su incidencia en la experiencia de las Cátedras Nacionales entre los años 1967-1973”, *Encuentro de Investigación en Historia de la Sociología*, IIGG, UBA.
- Palamidessi, Mariano, et al, (comp. 2007) *Educación, conocimiento y política Argentina, 1983-2003*. FLACSO/Manantial, Buenos Aires.
- Rath, Ferdinand (1961) “Informe sobre la organización y el funcionamiento de la Escuela de Sociología de la Universidad Católica”, *I Conferencia Latinoamericana sobre Escuelas y Departamentos de Sociología*, Buenos Aires.
- Sarlo, Beatriz (1986) “Intelectuales: ¿escisión o mimesis?”, *Punto de vista*, VII, 25: 1-6.
(2001) *La batalla de las ideas (1943-1973)*, Ariel, Buenos Aires.
- Sigal, Silvia y Oscar Terán (1992) “Los intelectuales frente a la política”, *Punto de Vista*, 42: 42-48.
- Suasnábar, Claudio (2004) *Universidad e Intelectuales. Educación y política en la Argentina. 1955-1976*. FLACSO/Manantial, Buenos Aires.
- Tenti Fanfani, (1991) “Las Ciencias Sociales en la Universidad”, *Espacios, Revista de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA*, Buenos Aires, 10.
- Terán, Oscar (Coord, 2004) *Ideas en el siglo. Intelectuales y cultura en el siglo XX latinoamericano*. Siglo XXI, Buenos Aires.
- Verón, Eliseo y Jorge García Bouza (1967) "Epílogo a una crónica: La situación de la sociología en la Argentina", *Revista Latinoamericana de Sociología*, 1: 91- 94
- Vessuri, Hebe (1992), “Las ciencias sociales en la Argentina: diagnóstico y perspectivas”, Enrique Oteiza (Ed) *La política de investigación científica y tecnológica argentina. Historia y perspectivas*, CEAL, Buenos Aires: 339-363.